

LA ÚLTIMA PLAYA



Atilio Caballero (Cienfuegos, 1959) es escritor, dramaturgo, director de teatro y traductor literario. Ha publicado *La suela del zapato*, poesía, Extramuros, La Habana, 1987. *Las canciones recuerdan lo mismo*, narrativa, Letras Cubanas, 1989. *El sabor del agua*, poesía, Letras Cubanas, 1991. *El azar y la cuerda*, narrativa, Pinos Nuevos, La Habana, 1995. *Naturaleza muerta con abejas*, novela, OLALLA Ediciones, Madrid, 1997; Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1999. *La arena de las plazas*, poesía, Abril, 1998. *La última playa*, Unión, La Habana, 1999; AKAL Ediciones, Madrid, 2001; y Ediciones Mecenass, Cienfuegos, 2004. *Tarántula*, narrativa, Letras Cubanas, La Habana, 2000. *Escribir el teatro*, ensayo, Graffein Ediciones, Barcelona, 2001; y Ediciones Reina del Mar, Cienfuegos, 2003. *Como el aire en las orejas*, narrativa, Ediciones Mecenass, Cienfuegos 2005. *La máquina de Bukowski*, novela, Letras Cubanas, La Habana, 2007. *Cuarteto*, teatro, Letras Cubanas, 2012. *Rosso lombardo*, Premio de Narrativa Alejo Carpentier, Letras Cubanas, 2013.

Atilio Caballero

LA ÚLTIMA PLAYA



De la presente edición, 2016

- © Atilio Caballero
- © Hypermedia Ediciones

Hypermedia Ediciones
Infanta Mercedes 27, 28020, Madrid
Tel: +34 91 220 3472
www.editorialhypermedia.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Edición y corrección: Hypermedia Servicios Editoriales S.L
Diseño de colección y portada: Hypermedia S. E., S.L

ISBN: 978-1530016419

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Incluso el mar es demasiado, porque reaviva la gran promesa de felicidad y la gran búsqueda de significado, que —como toda búsqueda— sofoca la felicidad.

Claudio Magris, *Un altro mare*

Entre las olas se movía un cuerpo. Flotaba. Era el cuerpo de un ahogado, a unos cien metros de la costa. El viento, soplando desde el mar, lo empujaba despacio hacia el arrecife.

Al tocar la orilla, el aire cesó de golpe. Hinchado y desnudo, el cuerpo escondía la cara bajo el agua. Aun así se podía ver, gracias a una súbita transparencia de la superficie como consecuencia de la momentánea quietud del aire, que era el cadáver de un ahogado voluntario: la piel, quemada aunque sin ampollas, conservaba algunos vestigios de su color natural; mantenía los ojos en sus cuencas, y los cangrejos aún no se habían comido los labios y el lóbulo de las orejas, las partes más apetecibles cuando se trata de un pobre diablo que luchó contra la inmersión.

El contacto con el agua ha deformado el cuerpo, alteración que hace pensar en la figura de un hombre robusto, grande, un hombre de trabajo a juzgar por el ancho desproporcionado de la espalda. Una espalda negra y una redonda cabeza blanca; un copo de nieve sobre el tronco carbonizado de un árbol.

Ya en la orilla, el refluo de la marea hacía rozar la cara contra la piedra afilada. Cada movimiento provocaba una incisión, un tajo claro y lacerante en el cuello, en los pómulos, en la barbilla, en todo el rostro. Un roce que se haría más fuerte con el transcurso de las horas.

El mar lo había devuelto al mismo lugar que una semana atrás eligió para sumergirse. Pero, ahora como antes, tampoco lo esperarían para recibirlo. En ese lugar donde su cabeza chocó contra el diente de perro ya no quedaba nadie. Ni nada.

Todas las tardes, y siempre a la misma hora, Andy Simons se sentaba en *el porche de la casa* —así llamaba a aquél pedazo de tierra cubierto por un toldo verde lleno de agujeros— y tocaba su flauta. Prefería el atardecer porque en ese momento la masa de agua alrededor del cayo duplicaba la refracción del sol, expandía los sonidos, y el movimiento de las olas empujaba hasta la orilla los vapores bajos de la condensación, un vaho indefinible que, siglos atrás, había espantado del lugar a los filibusteros.

Allí se sentía bien. Eran su hora y su lugar.

Había aprendido a tocar el instrumento y practicaba desde entonces. Con asiduidad y ninguna pretensión. Alguien muy cerca de él y de la música dijo una vez que tenía talento, exactamente «un talento fuera de lo común». Pero las suposiciones de Simons sobre su propia capacidad nunca coincidían con el juicio de los otros. Tampoco quería tocar partituras ajenas. Cuando más algún aire conocido, pero solo como introducción a su propia melodía, pues disfrutaba tocar según lo que en ese momento le sugiriera el entorno, aprovechando la visión más inmediata.

Por tanto, al reproducir lo que ve, sus sonidos dependen siempre del lugar escogido. Un sitio cualquiera puede sugerirle, mirando fijo hacia un punto, entre diez y doce *posibilidades* según el movimiento de la retina, capacidad que podía multiplicarse con un leve giro de la cabeza o haciendo oscilar el cuerpo hacia los lados. Una vez elegido el motivo que le sirve de inspiración — un reflejo, una piedra, un objeto abandonado, el ritmo atávico de alguien que trabaja, una hoja movida por el viento o un pez que se mece en el agua—, Simons imagina que la melodía, al salir de su flauta, se desplaza en el aire hasta rebotar en la superficie exterior de su interlocutor, creando en el espacio entre ambos un arco de resonancias, un intercambio de sensaciones, una conversación exclusiva. Este diálogo llegaba a agotarlo, pero a falta de mejores opciones era preferible a la tonta charla de sus coterráneos. Y después de tantos años

había comenzado a tocar otra vez, suponiendo que así podría dilatar el tiempo de la devastación.

Tocaba siempre después de todo un día de trabajo. Ahora, con el cuerpo adolorido y flácido luego de un baño en el mar, miraba el árbol y tocaba.

Se había despertado poco antes del amanecer. La preocupación de dormir más allá de la hora en que necesariamente debía aprovechar la humedad de la tierra quedó desvelada en su cerebro, rebotando contra la corteza de su cráneo entre el sueño y la semivigilia, hasta que un redoble lo sacudió y lo hizo incorporarse. A partir de este momento, ya nada lo volvía a meter en cama.

Con los ojos cerrados caminó hacia el mar. Los senderos que atravesaban el islote, trazados caprichosamente según la comodidad o la conveniencia de sus primeros pobladores, en algún momento llegaron a ser verdaderas vías, empedradas con lajas de silicio extraídas de la arena. Al principio fueron solo dos ejes transversales que corrían de norte a sur y de la aurora al poniente, con un muelle en cada una de sus puntas. Hacia estos confluía o de ellos partía un sinfín de callejuelas, trillos, pasos o atajos que en la mayoría de los casos tenían como único propósito el de llevar al caminante hasta un lugar específico: aquí morían. La funcionalidad era su única razón de ser. Luego fueron bellos y amplios, cuando los habitantes del lugar entendieron que recorrerlos formaba parte de lo cotidiano, elemento del paisa-

je interior. Ahora, con el tiempo, el éxodo y la soledad, recuperaban su condición inicial de senderos, amenazados constantemente por la voracidad de la maleza que intentaba reducirlos otra vez al ancho imprescindible para el paso de una persona.

El árbol en la orilla se inclinaba hacia el agua, hacia su salinidad, como un suicida amargo y resignado. Simons calculó que las raíces no resistirían dos semanas más a la intemperie. La erosión del mar había comenzado atacando aquella parte, la más expuesta a los vientos del norte, y el fluir constante de las olas devastaba la barrera de meandrinas que servían de soporte al arrecife de coral. Tragado por las olas, desaparecía lo que hasta hace unos meses formaba la base del árbol. Por tanto, era inútil rellenar sus cimientos con tierra fresca. La única solución era evitar la caída inminente.

La noche anterior había dejado escondida, entre los arbustos cercanos, una soga trenzada de henequén. Era un cabo grueso y resistente, curtido por el sol y el salitre en las maniobras de algún barco. También una mandarria y algunas estacas de cedro. Tomó todo y lo llevó hasta el pie del árbol.

Una vez allí, midió la distancia que lo separaba de una casuarina de excelente aspecto, bien plantada diez metros tierra adentro. Ató una de las puntas del cabo alrededor del árbol que estaba por caer, la cerró con un nudo corredizo y le dio dos vueltas más antes de llevar el otro extremo de la cuerda hasta la casuarina. Repitió las vueltas, y, utilizándola como rondana, dio un fuer-

te tirón. La tracción estremeció las hojas junto al mar. Tiró nuevamente con todas sus fuerzas.

El árbol comenzó a erguirse. En la lenta ascensión, a Simons le pareció que levitaba, alguien que alza su cara hacia el sol naciente cuando ya pensaba que no volvería a amanecer. Sin embargo, la presión de la cuerda desgarraba sus manos. La fricción cuarteaba la vieja capa rugosa de las palmas, dejando algunas marcas de sangre sobre las fibras de henequén trenzado. El esfuerzo era cada vez mayor, pues a la viscosidad resbaladiza de la sangre se sumaba ahora la humedad de la soga, expuesta al sereno durante toda la noche. Después de mucho trabajo, logró darle la verticalidad que pretendía, y aseguró la punta del cabo con un nudo similar al primero. Luego cortó el pedazo sobrante, clavó una estaca un par de metros tierra adentro y repitió la maniobra, aunque sin ejercer ahora la misma presión. Esta segunda variante debía funcionar como complemento de la «estructura» principal, aminorando la caída hacia un lado. Cuando ambas cuerdas estuvieron tensas, colgó de ellas algunos jirones de tela de distintos colores a modo de prevención para caminantes distraídos. Ahora el árbol se erguía como el mástil que nunca llegó a ser, con su debida señalización náutica, y él se sentó a contemplar el resultado de su trabajo.

Cuando comenzó a clarear, Simons vio que más de la mitad de las raíces estaban al descubierto. Su angustia fue mayor al comprobar con cuánta rapidez se había producido un vacío en lo que hasta

hace poco fuera la sólida base del árbol. A la luz todavía difusa del amanecer, aquella visión le hizo pensar en los restos de un animal desventrado, con las vísceras colgando en espera de una interpretación oracular.

Se puso de pie, levantó la maza y se la echó al hombro. No para dejarla allí; tampoco para irse aún: fue un punto de apoyo intermedio donde tomar impulso antes de alzarla por encima de su cabeza y descargarla con toda su fuerza sobre la piedra en que se había sentado, pulverizándola. Todo en el más absoluto silencio.

Tocaba, entonces, porque la visión del árbol erecto estimulaba su capacidad de improvisación, y contemplarlo le devolvía de momento la serenidad. Una calma efímera que al día siguiente podía desaparecer, cuando descubra otro árbol que agoniza junto al mar. Al tocar, Simons sentía el desgaste del tiempo, la erosión de la piedra bajo sus pies, el verde resplandor del toldo como una capa de agua profunda que envolviese todo lo que aún se mantenía en la superficie. Pero el cansancio le parecía ahora un noble fin, una seducción constante después del trabajo con los árboles, y soplaba, bufando casi, para ahuyentar las sombras de la devastación.

Era un mentiroso, pero era también el único que sabía.

Que *sabía*: ya está muerto.

Nadie entendió nunca de dónde venía lo de «bossman», él que no era jefe de nada: un contra-maestre no es un jefe. A cada tripulación le contaba una historia distinta. El relevo era cada dos años, y yo, que me mantuve por más de veinte sobre el mismo barco, no sabía si hablaba de él mismo, si inventaba las historias según su estado de ánimo o el de sus compañeros de a bordo, o si se había olvidado de quién era. ¿De dónde, por ejemplo, sacaba eso de New York? Nuestra línea llegaba hasta Vermont. Luego hacía New Orleáns, Tampico, La Habana, y luego otra vez el largo regreso a Southampton.

Sin embargo, y según sus propias mentiras, nadie lo igualaba en lo que consideraba su mayor destreza: ser el primero en descubrir la Estatua... Viejo mentiroso, yo creo que ni siquiera la vio nunca.

A mí que no me vengan con eso de que cada uno debe inventarse las historias que le permitan vivir, al menos, una vida imaginaria y diferente a la asquerosa que le ha tocado: ya bastante tiene uno con la que le corresponde para encima tener que escuchar y compartir otras que para colmo te quieren hacer pasar como verdaderas. Historias tramadas en la soledad de los océanos, vastas, engañosas y sorprendidas como ellos, y que se hacen cada vez más fantásticas mientras mayor es el tiempo sin tocar tierra Como esa legendaria del marino que pasea una noche por una ciudad desconocida y se encuentra con una bella y acaudalada dama que quiere tener una aventura prohibida y lo mete en su cama... ¿Qué barco que se respete no la tiene? Además,

ningún reglamento de a bordo dice que las mentiras de un contra maestre tengan prioridad sobre las de cualquier marinero simple. Ambos pertenecen al mar y tienen los mismos derechos en este asunto. Pero bueno, lo que quiero decir es que solo Bossman sabía de dónde había salido Simons. Pero siendo Bossman como era, ¿quién podía creerle?

En un barco se aprenden muchas cosas. Más todavía en uno de carga. Y si también llevas pasajeros, conoces el mundo. Se aprenden todos los opuestos: a confiar y a desconfiar totalmente, a querer y a aborrecer, a mirar y a olvidar. Estas son cosas que no se aprenden con la carga sino con los hombres. Y yo subí para estar entre ellos.

Tenía diecisiete años y una obsesión: la música. El mar no me interesaba pero allí había un trabajo, un salario decoroso y alguna compañía. Mis padres habían muerto, a mí me daba lo mismo, y allí me aparecí con mi saxofón.

Al pie de la escalerilla: Bossman.

Con sus cuatro dientes de oro al sol. «Aquí ya tenemos músicos», dijo.

Pero yo igual me puse a tocar. Lo que se me ocurrió en ese momento. Y el viejo sonriendo. Sus dientes relucían.

En eso apareció Simons. Tendría entre cinco y siete años. Parecía que nunca le hubieran cortado el pelo. Se paró al lado del viejo a escuchar, sin dejar de mirarme. Y cuando yo bajé el tono, tiró de una de las

mangas del contraamaestre, que escondió su vidriera de Tiffany, escupió sobre el muelle y se agachó hasta poner su cabeza a la altura del muchacho. Tampoco supe nunca qué le dijo. El Bossman lo cargó y lo sentó sobre sus hombros, comenzó a subir, y cuando iba por la mitad de la escalerilla se viró hacia mí: «¿Y tú qué haces ahí parado todavía? Muévase, marino, ¡muévase! Vaya hasta la cubierta de primera y pregunte por Blind Dog Jefferson. Él sabrá dónde meterlo en la retreta».

Dicen que Dios baila *ragtime* cuando nadie lo ve. O al menos así decían entonces; hoy no sé cuál será su baile favorito y secreto. O si aún baila. Pero nunca será danzón: de esta tierra se olvidó hace mucho tiempo. Hacíamos valeses, fox-trot, melodías de moda o algo de jazz. El nuestro, el *Galvenstone*, era un barco de carga y pasaje. Transportaba mercancía y contrabandeaba personas, pero nosotros solo debíamos tocar para primera clase, aunque se diga que no hay distinciones sobre el mar. «En altamar la mendicidad no existe, no hay bastardos en una zona como esta...»; lo dijo, con razón, un amigo que hacía versos.

Bien: dicen que una noche el vejestorio se plantó en el comedor de la tripulación con un niño dormido entre los brazos. Miró a todos y dijo: «en toda nave se necesita una mascota». Luego lo levantó sobre su cabeza: «¡Bueno, Andy, bienvenido a la familia!» Nadie preguntó de dónde sacó el nombre y el vejigo. Tampoco les interesaba. Esas cosas —niños abandonados en los barcos— ocurrían a menudo,

pues para desembarazarse de una complicación o un estorbo subían a bordo, parían, y luego los lanzaban por la popa. Para redondear el nombre, Bossman sugirió adoptar el apellido de un oficial que había muerto unos días antes. «Andy Simons; suena bien, tiene *clase*». Y así lo bautizaron. Con agua carbonatada de la noche anterior.

Dicen que desde el principio el viejo le cogió afecto y lo adoptó como el hijo que nunca tuvo. Durante nueve años lo cuidó y protegió —y yo fui testigo de eso en los últimos cuatro—, hasta el día en que un resbalón sobre cubierta no lo dejó levantarse más. Su cabeza, al caer, dio contra una bita de hierro, y por una semana el muchacho se mantuvo al pie del lecho del contramaestre moribundo, sin comer ni hablar con nadie. Cuando finalmente el viejo murió, y sin saber que sufría de orfandad por segunda vez, Simons se abrazó al cadáver, el primero que veía en su vida. No concebía que se lo quitaran para echarlo al mar, envuelto en una lona gris que seguramente despedazarían los tiburones. Nunca en mi vida he visto a nadie mirar con tanto espanto a otro hombre.

El capitán ordenó que los dejaran allí. Pensaba que Simons se dormiría en cualquier momento, después de tantos días de vigilia. Durante el tiempo que estuvo cerca de mí, pude entrever algunas caras de su personalidad, que ya parecía definida cuando todavía era un chiquillo, marcada como un tatuaje sobre la frente arrugada. Y una de ellas fue la obsesión por restaurarlo

todo. Ponerlo otra vez tal y como había sido. Ocurría con la mayor parte de las cosas: desde un vaso que se quebraba hasta la disposición de los cuadros en los pasillos. «Hay que recordar: si te olvidas estás muerto», me soltó un día, así, sin añadir nada más, sin levantar dos cuartas del piso y sin que viniera mucho al caso. Alguien pensaba incluso que ser así a esa edad era la muestra temprana y evidente de un feroz egoísmo futuro. Cierta gente confunde la memoria con la posesión más vulgar. No era su caso, pero de eso pude darme cuenta algún tiempo después, cuando ya no estaba.

Pero tampoco era tan inocente como para ignorar que hay obsesiones inútiles cuando se trata de un cadáver, aunque fuera el primero que veía. Por eso, en vez de dormirse se levantó y salió del camarote, sin decir una palabra ni mirar a nadie. En las horas siguientes tampoco lo vimos por los lugares donde solía estar, ni siquiera a la hora de comida en el mesón de la marinería. El capitán quería deshacerse lo más rápido posible del viejo Bossman: aún quedaban como diez días para llegar a Southampton, y saber que se lleva un muerto bajo los pies, arrastrado por más de una semana en el cabeceo del Océano podría crear, sobre todo en primera, un malestar sórdido, que haría peligrar la reputación de la línea. Sé que era difícil para él, que le tenía aprecio al viejo. Tampoco quería hacerlo de no aparecer Simons. Pero luego de buscarlo por dos días hasta en los rincones donde ni las ratas, decidió no prolongar más el momento de la despedida.

Nos reunimos en la popa, sobre la terraza pequeña que da acceso a la sala de máquinas. Hasta aquí no llegaban las miradas curiosas. Tratándose del viejo Bossman, el procedimiento —que algunos se empeñaban en llamar ceremonial— consistía en reintegrarlo al océano más que en despedirse del compañero de tripulación, costumbre que de seguro el delirante carcamal agradecería mucho más que el hecho de ser enterrado en el anonimato de un vulgar cementerio inglés. Así, estando en todas partes, perpetuaba la leyenda el legendario mentiroso. El sacerdote de a bordo hizo algunos pases con la mano derecha sobre la lona abultada, murmuró un par de frases en latín y se retiró unos pasos. Y... no sabría decirlo todavía hoy..., pero allí estaba. En la esquina más oscura de la terraza. Dónde se había escondido es algo que nadie logró saber a ciencia cierta. Cuando sentimos el primer sonido, enseguida supimos que era él. Allí, en el rincón que ahora se iba llenando de una luz pálida por la linterna que arrimó un grumete, estaba sentado Simons sobre un montón de cuerdas enrolladas.

Y como el mismo Dios puede atestiguar, estaba tocando.

La flauta. Tocaba una música extraña. Suave. Una tonada, o un susurro. Algo pequeño y bello, quiero decir. Las manos diminutas sobre el instrumento, que se alargaba en su boca como una trompa de plata. No era un truco, era él, y parecía conversar en voz baja con el

viejo, como si le pasara la mano por la espalda.... No sé explicarlo bien... Y si alguno de nosotros se hubiese atrevido a romper aquella armonía de cristal, seguramente le hubiera preguntado, entre incrédulo y feroz, «¿dónde carajo aprendiste a tocar?» antes que «¿dónde estabas?» o «creíamos que te habías tirado al mar». Luego salió caminando entre todos, murmurando «ya pueden hacer lo que quieran», y se perdió en el hueco de entrada a las máquinas.

Creo que él nunca se creyó muy en serio la historia del parentesco o la consanguinidad con el viejo Bossman. Tal vez sabía que no era hijo ni hermano de ninguno, que era un ser de nadie o de la nada. Después supe —y por segunda vez lo habíamos creído— que no se había muerto, y que vivía escondido en un cayó.... Hubiese podido coger un bote e ir hasta allí: no me importaba si se acordaba o no..., pero nunca volví. Tampoco puedo decir por qué.

Cada vez con más frecuencia pensaba Simons en la desaparición del islote. Su pasión por la entomología lo había llevado —de tanto agacharse a observar los insectos— a interesarse por los suelos. Y allí, curioseando, descubrió, bajo la capa de meandrina calcárea que formaba el arrecife de coral, la base de rocas calizas y porosas sobre la cual estaba parado. Después supo que las costas del cayó estaban formadas, principalmente, por los desechos de basalto desprendidos del cimiento, típica costa de bahía que

adquiere consistencia cuando tiene detrás la masa de tierra firme como soporte, pero que al formar parte de una porción independiente, tiende a debilitarse por la erosión constante de las olas, de las corrientes submarinas. Era esto lo que provocaba la reducción del diámetro, carcomido por el insistente roer del mar, que traga y no devuelve.

Por el desgaste desaparecía la base de tierra, humus y roca que alimentaba y sostenía los árboles, el firme donde hundían sus raíces. Muchos habían caído ya, como guerreros cansados, sin estruendo. Primero se quedaban secos, llenos de sal, que subía por sus tallos descubiertos. Luego, al inclinarse, hundían sus ramas en el agua como brazos que entran en un estanque tranquilo, y se acostaban despacio sobre el mar, se alejaban en silencio. Los que aún resistían en el perímetro de la costa, asidos por la presión de las cuerdas alrededor del tronco, sentían ya el temblor que amenazaba el puntal, tocados en la médula por la aridez del cloruro, espolvoreados de blanco, y también se inclinaban, patéticos y parsimoniosos.

Pero esto no era suficiente para convencer a Simons de la inutilidad de su empeño. O de su capricho, según el ojo con que se mire. Cuando la realidad está siendo anulada con violencia, pensarla se convierte en un acto de fe. Decían que estaba loco. O que era un ingenuo, o un mártir, según los más piadosos. Lo cierto es que tenía suficiente lucidez para comprender que luchaba contra algo cuyas fuerzas eran muy su-

periores a las suyas; fuerzas que en algún momento se impondrían, que él podía entrever pero nunca detener o doblegar. Inclemente, o inmerecido, voraz siempre, era a fin de cuentas un proceso natural e *irreversible*. No obstante, estando inclusive absolutamente convencido de esta dolorosa certidumbre, Simons no se preguntaba si en realidad su empeño tenía importancia, si a la larga todo sería en vano. Para él solo había una verdad inobjetable y desoladora; o mejor, una verdad y un designio: el lugar desaparecería, pero conservar la memoria dependía de él.

Porque en ambos sentidos parecía condenado. Que para la geografía, en algún momento, el cayo dejara de existir, era algo ya asumido, algo contra lo que seguiría luchando por pura obstinación, a sabiendas de su irrefrenable deterioro, de su desgaste paulatino e inexorable. Y no le pesaba el esfuerzo, no se arrepentía por el aliento gastado. Pero Cayo Arenas tenía una historia, un esplendor perdido que alguien parecía empeñado en sepultar, como una conspiración entre la naturaleza y los más bajos instintos. Por tanto, las fachadas dibujadas a escala natural sobre amplias superficies de cartón eran, de cualquier manera, la reproducción y el rescate —temporal— de su auténtico patrimonio arquitectónico. Aquellas casas lo habían caracterizado con un aire simple y distintivo que Simons se negaba a olvidar. Su sencilla majestuosidad sin ostentación, las columnas austeras, algún arco de medio punto sin vitral, las vigas maestras de madera dura y torneada, los amplios portales, los jardines

diminutos, los pozos que seguían el curso del agua dulce subterránea, las cercas trabajadas con candor e ingenuidad..., todo conformaba una esencia que perdía su aroma, ese que ahora Simons quería fijar en las aletas nasales de su memoria. Un mundo que alguien estigmatizó, tal vez en un arranque de cólera o maldad, como «epígono sureño; el aire malsano o clasista de *Lo que el viento se llevó*, símbolo de una clase decadente y superada...»; una condena al olvido que la indolencia y la desidia se encargarían de hacer cumplir, acelerando su ruina, o su desaparición. «Para que Dios perdone es necesario que haya un reconocimiento de la culpa; por tanto, su gracia jamás nos tocará: estamos infestados de orgullo, amnesia y prepotencia en esta tierra». Las palabras del padre Froilán resonaron en la cabeza de Simons como un latigazo, pues sabía que donde no hay perdón casi siempre hay maldición.

Visto de esta manera, su actitud era lo más parecido a un castigo, donde debía asumir las culpas de otros. También lo más lejano: a pesar de todo, sus ojos miraban cada cosa con la perspectiva de un recién nacido: desenfocado y con asombro. Por eso, en algunos momentos, sus ojos parecían reír, con ese tipo de sonrisa maliciosa e indescifrable de la complicidad. Un brillo diferente, sin embargo, al que encendía su mirada cuando hablaba con el cura que, una vez a la semana, venía a officiar en la pequeña iglesia comunal. Entonces era el centelleo de la provocación. El padre Froilán daba siempre la misa aunque no hubiera au-

ditorio, y el resto del tiempo lo empleaba en desbrozar la vegetación que en esos siete días había crecido alrededor del templo, en cambiar algunas tablas del techo, o en redecorar la figura de algún santo que el salitre corroía hasta cambiarle las facciones. Simons recordó sus primeros encuentros con el cura. Esperaba siempre que terminara la misa, recostado a la verja que rodeaba la capilla, dispuesto a dar una mano. Simons no hablaba con nadie, y al padre Froilán le hubiese gustado saber cómo se las arreglaba aquél antipático adolescente para sobrevivir, solitario y sin amigos, en esa islita donde casi todos estaban de paso. Aquella mañana, sin embargo, Simons estaba locuaz.

—Este cayo tiene vida, tiene movimiento... aunque no lo parezca. Mire cuántas barcas, padre, cuántas velas desplegadas haciendo el bojeo, o pescando. Y toda esa gente en la playa. Y las casas..., ¿quiere algo más peculiar que esos tejados? Este lugar debería existir siempre solo para conservar sus casas, y la música que al atardecer sale de ellas, y el olor de la comida y las risas en la noche cuando la familia se reúne alrededor de la mesa para jugar a las cartas, al bingo o a las damas, esos juegos simples. Pero la simpleza no es felicidad. Y la vida no es un verano...

—Los lugares de tránsito llevan siempre el estigma de su propia condición. Y por mucho que intentes, nunca podrás cambiarle su precariedad. Eso escapa al amor, al afecto, a la voluntad más pertinaz. No hay nada que hacer, hijo.

—¿Usted cree en el destino, padre?

Desde el primer día, el padre Froilán se había acostumbrado a este tipo de salidas, que a cualquier otro podrían parecer abruptas. La palabra *destino*, por ejemplo, Simons la conocía a través de él, de aquí que pusiera mayor cuidado a la hora de responder, de asumir las consecuencias. «Yo no lo llamaría así, dijo el cura. Siempre que oigo esa palabra me da la impresión de un lugar a donde se debe llegar, con el que, mas tarde o más temprano, uno ha de topar, por mucho que lo eludas. A mí, en cambio, me gusta pensar en un poder invisible, un orden que hay que aceptar sin rebelarse, porque se cumple inexorablemente. En un orden, digo, no en un dios... De ahí, tal vez, que la soberbia se castigue siempre. A los griegos, tan amantes de las ecuaciones perfectas, les complacía imaginar que una vida equilibrada, sin excesos, tendría siempre como colofón un *fatum* inexorable, un *destino* clemente, pues la conjunción de la voluntad divina con la conducta humana era la única garantía de éxito... Pero algo falla en esta parábola... La pretensión como anhelo o como sueño no puede ser un pecado, y por tanto, no se puede castigar al hombre que se cree libre y confiado en sus propias fuerzas...».

El cura enmudeció de pronto. Inmóvil, con los brazos colgando a ambos lados del cuerpo, parecía agotado después de esta reflexión. Soltó el machete, metió la mano en un bolsillo del pantalón —nunca usaba

sotana—, y se secó la frente y la boca con un pañuelo. Había dejado atrás un buen tramo de hierba cortada.

—A veces ni siquiera parezco un buen fraile —dijo. Simons lo miraba en silencio.

El cura hubiese querido ahora que el joven comenzara a tocar la flauta. Que lo sacara del estupor en el que de repente había caído por su propia reflexión. Tal vez pensaba que, afortunadamente, todo su auditorio se reducía al incómodo carilampiño. El estupor, entonces, se transformaba lentamente en exasperación.

—De todas formas —dijo Simons—, sigo pensando que Cayo Arenas merece otra mirada. No debe ser, sobre todo, un lugar *aislado*, y no me refiero a sus inevitables características geográficas... Para existir debe irradiar, más que recibir, y la única forma de lograrlo es tender brazos hacia la tierra firme.

El padre Froilán agradeció para sus adentros que Simons volviera a sus preocupaciones iniciales; que por esta vez no se hubiese detenido en el último particular. Imaginó lo incómodo de la situación, la torpeza de sus palabras tratando de explicarse cuando ni siquiera estaba seguro de lo que pensaba. Creyó que la finta del joven era una muestra de comprensión y medida, y decidió recompensarlo, sin sospechar que sus palabras serían una revelación; que, a partir de ese momento, Simons ya no pensaría en otra cosa, que a *eso* dedicaría el resto de su vida.

—Hubo alguien que a finales del siglo pasado quiso hacer algo parecido, respondió el padre Froilán. ¿No has visto esos pilotes que entran en el mar, allá, al sur, mirando hacia La Milpa? Son los restos de lo que debió haber sido un puente. Dicen que el hombre estaba loco. Yo no lo conocí, pero tampoco lo creo. Gracias a él tuvimos la primera red de acueductos colgantes, el único que ha habido en este lugar, y el primer generador de corriente alterna para las pocas casas que entonces existían. Él descubrió el lugar preciso donde había agua dulce en este pedazo de roca caliza. Si preguntas a los más viejos, seguro que alguno te contará de la manada de gatos que tenía, de cómo ellos lo ayudaron a descubrir el punto exacto por donde pasaba la corriente submarina, y de cómo también olfateaban con exactitud los bancos de camarones, según la fase o la posición de la luna. Claro que luego empezó a delirar, con aquello de construir canales o importar góndolas; quería hacer del cayo una *piccola* Venecia. Pero lo del puente no era una idea disparatada...

—Un puente, claro... —Simons se sentó junto a la verja. El sol, ocultándose ya, resplandecía aún en los ladrillos rojos de la torre del campanario. Con la sombra abajo que comenzaba a cubrirlo todo, así iluminada, parecía una linterna de mar, y la refracción en el bronce de la campana lanzaba un destello perpendicular sobre la cruz que coronaba el pórtico en miniatura.

—Después vino todo ese revuelo con el cambio de siglo y ese primer año en el que aún no se sabía muy bien de qué parte habíamos quedado, toda la pasión y la excitación y el furor elementales que despiertan los nacimientos, así sea de un niño o de una república, y en el frenesí se olvidaron de él. Desaparecieron los préstamos. Dicen que empeñó en el puente hasta el último centavo que le quedaba de una herencia, pero esto solo dio para avanzar un par de metros más. Y allí quedó. Luego el mar fue haciendo lo suyo, hasta dejar esas sombras clavadas que ahora puedes ver. Tengo que regresar antes de que caiga la noche...

«Puentes, claro...», repitió Simons camino a su casa, una estructura baja de ladrillo, piedra y madera con techo de tejas a dos aguas, rodeada por una empalizada de troncos donde se enredaban las plantas trepadoras y una cuadrilla de gatos que vivían enzarzados entre sus piernas. De haber girado un instante la cabeza, hubiera podido ver como se desplazaba paralelo al cura en su barca alejándose hacia tierra firme, y entre ambos movimientos, simultáneo y parejo al de su paso, las siluetas intercaladas de los pilotes espectrales, alternándose, en un velado juego de combinación y fuga.

Tres o cuatro días de descanso se tomaba Simons luego de uno de faena con los árboles. Era un trabajo fatigoso para cualquier persona, mucho más para un hombre viejo como él. Podía pasarse

hasta ocho horas seguidas bajo el sol, sin comer apenas, un sorbo de agua entre un árbol y otro. Cuando lidiaba con ellos se olvidaba de todo, y solo al final de cada sesión tomaba conciencia del dolor. Aunque tenía una molesta conciencia de su ancianidad, le era difícil admitirlo: él no era un sicomoro a punto de caer. Nada mejor entonces, entre el último árbol apuntalado y el próximo a enderezar, que irse de pesca.

Pero tanto como pescar, era la luz lo deleitoso: otro juego de extravíos donde se dejaba confundir por ese resplandor indefinido entre el verdadero amanecer y los últimos minutos del crepúsculo. Entonces no hacía frío ni calor, la brisa no llegaba aún o ya se había marchado de las hojas de los árboles, y era agradable convertir ese fulgor en eternidad. No se oían voces, ningún ruido. Si por casualidad gritaba un pájaro, o una persona extraviada, el sonido llegaba temperado, en sordina, sin que él pudiese distinguir la diferencia entre lo que nace o agoniza. Valía la pena vivir solo para regodearse en esta sensación, en ese instante único que podía durar todo el tiempo que quisiese mientras mantuviera los ojos cerrados. Luego la luz comenzaba a penetrar los párpados, hasta inundarlos de claridad.

Entonces lanzaba el cordel al mar.

Pescar lo relajaba. Ver, por ejemplo, cómo llegaban hasta sus pies los círculos concéntricos que produce el plomo al golpear el agua. A esa hora, el

llenante de la marea arrastraba el anzuelo hacia el interior de la bahía junto a algunos peces empujados por las corrientes de mares más profundos. El cayo, al estar en el centro, partía ese flujo en dos vertientes, que luego se juntaban antes de llegar a la orilla, en tierra firme. Sobre la superficie de estas dos corrientes relampaguea el destello plateado de algún sable, el ocre de las cuberetas, los cobrizos o dorados de los pargos.

Y de vez en cuando, la sombra de una manta gigantesca.

Hacía tiempo que circulaba el rumor, sobre todo entre algunos pescadores, de su presencia por los alrededores. No era peligrosa, pero seguramente traería mala suerte. Esta suposición estaba basada en su figura espectral, en su manera de moverse entre el fondo y la superficie. Su desplazamiento parecía ser la consecuencia de una leve contracción en la punta de sus alas, deslizándose de la misma manera que flota un halcón entre las nubes. También podía significar el anuncio de una visita inesperada, como las mariposas de noche, a las que también se parecía. Esa mañana, como tantas otras en las últimas semanas, Simons pensaba en cartones. Secarlos, unirlos, decorarlos a escala natural, crear una ilusión ante la nada que yacía detrás. Llegaban muchos a la orilla.

Y allí vio pasar la manta.

Una mancha oscura atravesó el ángulo de su mirada. De repente le pareció un efecto de la re-

fracción, la secuela de una ola, tal vez la sombra amplificada de un águila planeando a baja altura. Pero sobre su cabeza solo estaba el cielo limpio, y la luz del sol. Ahora, extrañamente, la transparencia del agua era casi completa, y podían verse las piedras y las algas inmóviles en el fondo. Cesó el temblor, la oscilación que en el líquido produce la peregrinación de los peces. La manta los espantaba, su estructura cartilaginosa parecía sembrar el terror en las profundidades. Hasta el tiburón le teme por el azote de su cola, que volvió a pasar frente a Simons, ahora en dirección contraria.

Por hoy, entonces, la pesca había concluido sin sentir siquiera el goce de una buena picada. ¿Qué buscaba ese animal por allí? Su presencia también ahuyentaba a los bañistas, ya extraños en aquellas orillas que una vez hirvieron con las hordas de veraneantes. Era una desgracia más a sumar a la calamidad natural de la isla, al maleficio que la devastaba.

Simons recogió los avíos y caminó hasta su casa. En el cobertizo de las herramientas se hizo de una red y una vara larga, llenó una cubeta con arcilla del patio y volvió sobre sus pasos. En la orilla había dejado una docena de gallegos pequeños, que utilizaba como carnada. Los machacó con una piedra y los mezcló con la arcilla, húmeda de agua salada, hasta formar una pasta. Luego hizo fuego y puso la cubeta sobre las llamas, añadió más agua y esperó hasta que hirviera aquella masa sulfurosa, que los pescadores llaman

engó y usan para atraer a los peces. Mientras hervía susurró algunas frases, un ensalmo aprendido de un antiguo cazador de ballenas. Después la echó al mar.

Sentado sobre el arrecife, esperó con la red entre los brazos y la vara a un lado. Ni siquiera los erizos se acercaban con el engrudo de tierra y marisco. El sol en el cenit caía ahora de plano sobre la cabeza del anciano. Las gotas de sudor resbalaban a los lados del sombrero, rodaban por el cuello y se escurrían dentro de la camisa. También comenzó a torturarlo el hambre, pero decidió no moverse del lugar. Era difícil saber cuándo tendría otra oportunidad.

El sitio escogido era un buen lugar. Simons conocía el fondo marino de las inmediaciones como su propia acidez. Por mucho tiempo se había dedicado a bucear alrededor del cayo buscando barcos hundidos, joyas perdidas, anzuelos trabados en las rocas, cuevas de langostas, y recogiendo todo lo que le parecía útil. A veces tenía la impresión de no sentir la diferencia entre moverse allí o en las inmediaciones de su casa un poco más arriba, entre los árboles. La rugosidad de las piedras bajo el agua era muy parecida a la de los senderos. Allí, por demás, estaba limpio, y decidió entrar en el mar, esperar la llegada del celáceo en su propio elemento.

Cuando apenas había dado unos pasos la manta pasó frente a él, nadando a flor de agua. La visión lo estremeció. Luego la vio alejarse hacia su derecha, hacer un giro lento no mucho más allá del al-

cance de su vara y regresar para detenerse a un par de metros de sus pies.

Simons pudo ver que la superficie del animal no era enteramente negra, sino que estaba moteada por una constelación de pequeños puntos claros. Su piel, como un vestido de noche, resplandecía por la fosforescencia que provocaba la luz del sol al reflejarse en la pigmentación de abalorios, luminosos si se miraban de cerca. Alrededor de la cabeza, los puntos, un poco más grandes y unidos en forma consecutiva, formaban una gargantilla de diamantes. La imagen le hizo recordar un cuerpo ataviado de forma parecida en un invierno remoto, aunque lo suficientemente benigno como para dejar descubiertos los brazos y el cuello, salpicados de pecas que contrastaban con los ocelos del vestido. Creía haber olvidado aquella piel, la tez pálida, el tejido que la brisa sacudía aun junto a una baranda remota, frente al mar.

La manta flotaba oscilando con el balanceo de las olas. Simons soltó la vara y extendió la red. Cuando esta cayó sobre la manta, el animal no hizo ningún movimiento brusco, se mantuvo inmóvil sin ofrecer resistencia. Parecía dormir en el sopor del mediodía. Al levantarla, Simons sintió que el peso no era proporcional a su tamaño, como si sacara del agua una mariposa gigante. Se la echó sobre la espalda y regresó a su casa.

En el patio, Simons había cavado un estanque donde mantenía vivos algunos peces. Los que

morían eran utilizados como carnada; los otros engordaban hasta la hora de comérselos. Quedaban cuatro. Preparó dos para almorzar y saló los dos restantes.

Echó la manta en el aljibe, que más bien parecía una cisterna con plantas, y vio como también allí se quedaba quieta, apenas reconociendo los límites de su nueva morada. Le llamó la atención la mansedumbre del animal, no obstante el casi imperceptible temblor que parecía recorrer sus alas hasta estremecer las puntas salpicadas de blanco, pero no le dio mayor importancia. Tampoco podría explicar con claridad por que la había traído hasta este lugar.

Pasó el resto del día sin hacer nada, sentado en el porche. Cuando empezó a oscurecer fue seducido otra vez por la sensación sentida al alba, ese instante indefinible. Hizo sonar su flauta por un rato, y en las pausas entre un fragmento y otro le pareció escuchar cierta palpitación en el estanque, aunque podía ser también el efecto de la brisa sobre los árboles. La nueva estación se aproximaba, con pocos cambios, como siempre; sin embargo, ya las hojas comenzaban a caer, una lluvia de verde y ocre sobre la tierra, y el viento del norte, persistente. Pensando en esto se quedó dormido.

El sol daba en su cara cuando despertó. Tenía la ropa húmeda de dormir a la intemperie y la nariz llena de secreciones. Cuando esto sucedía, su propio mal aliento le daba náuseas. Sintió un escalofrío: el

sereno se le había metido hasta los huesos. Debía exprimir dos limones en agua tibia, mezclarla con alcohol de noventa grados y caminar un rato bajo el sol, merodeando por los alrededores, antes de dirigirse a la iglesia. Le había prometido al padre Froilan cambiar algunas tablas podridas en la cerca.

Entonces la vio. Estaba sentada junto al estanque, y recogía las hojas que flotaban en una de sus orillas. La muchacha alzó los ojos, inclinando levemente la cabeza. Simons vio que eran negros, como la noche. Como la piel del animal de mar. Se quedó mirándola, sin saber qué decir. Pasaron algunos segundos, suficientes para que cruzaran por su mente todas las imágenes del día anterior. «¿Y la manta?», preguntó por fin.

—Buenos días —respondió la muchacha.

La manta había desaparecido.

Había que ver la fuerza de sus brazos, como si pertenecieran a otra persona y alguien los hubiera pegado a esos hombros estrechos de señorita, al pecho liso y apretado. No recuerdo, no quiero recordar muchas cosas de aquellos años, pero dio la casualidad que yo estaba de guardia cuando él llegó, sin abrigo y hablando español. Nunca he visto un cuero tan duro para resistir el frío. Allá arriba el invierno corta, entumece, te hace mal cuando no te proteges. Ni apretando entre las manos una gallina viva te